

La verdad de Dios

1. Tratamos aquí de la verdad sólo en tanto que ésta es para nuestro conocimiento un atributo del ser absoluto, es decir, un modo de existencia de la plenitud vital divina. La verdad entendida en este sentido significa cognoscibilidad, inteligibilidad (verdad ontológica). De la verdad de Dios entendida en el sentido de concordancia del conocimiento y de la expresión con lo conocido hablaremos en otro lugar.

2. Dios es luz, en Él no hay tinieblas (*I Io.* 1, 5). En Dios no hay impulsos ciegos y oscuros. Dios es absoluta claridad y diafanidad (Santo Tomás de Aquino: *Maxime cognoscibilis*). Dios tiene que ser considerado como verdad personal y subsistente, no sólo en tanto que el ser absoluto que es Dios concuerda con la idea de Dios (como sucede siempre en el caso de la verdad ontológica), sino también en tanto que es su idea, no una idea abstracta, sino una idea que existe real y personalmente. Dios es al mismo tiempo la verdad primordial, por ser la causa ideal de todo lo extradivino. Por eso tiene sentido y posee un logos todo lo extradivino. Pero es espíritu de Dios que se revela en las cosas del mundo es un misterio, de modo que estas cosas son por sí misteriosas. Aquí se fundan la posibilidad, la obligación y los límites del conocimiento y de la ciencia; véase el tratado sobre la Creación.

En ello se funda también el deseo que todas las cosas y especialmente los hombres tienen de ser comprendidos. Todas las cosas están rodeadas y empapadas de luz. La luz y no las tinieblas, el día y no la noche, son el fundamento y la meta del mundo.

Puesto que Dios es verdad, su vida es eminentemente luminosa. La vida divina se realiza bajo la forma de existencia trinitaria. La vida trinitaria divina es, por consiguiente, suprema luminosidad e inteligibilidad. Pero nuestros ojos no pueden comprender esta vida de luz. Sólo nos es permitido echar una ojeada en esta plenitud luminosa. Esto es lo que expresan las palabras en que se nos dice que Dios es verdad. Quieren decir que Dios es la realidad más clara e inteligible entre todas las que podemos conocer (véase *Io.* 14, 6). Como quiera que el misterio de Dios está presente en todas las cosas y acontecimientos, el hombre no puede conocer con facilidad su sentido. Por otra parte, el pecado ha ocultado de tal modo ese sentido que con facilidad puede pasar desapercibido. Con toda claridad y evidencia será revelado el día del juicio final. Véase H. Urs von Balthasar, *Wahrheit*, 1947.